

CASTILLO-PUCHE EN LOS ORÍGENES DE SU NOVELA

POR

FRANCISCO JAVIER DÍEZ DE REVENGA

La figura de José Luis Castillo-Puche surge, para la novela, en un momento crucial en la España de la posguerra. 1954 es un año decisivo, desde el punto de vista literario, porque en esa fecha nace una corriente renovadora de carácter objetivista para la narrativa española, que, sin embargo, no fue compartida por todos los jóvenes creadores. De la generación que aparece en los cincuenta, en lo que se ha denominado el medio siglo, habrá numerosas disidencias. Sólo habría que recordar, en el terreno del teatro, las personalidades de Alfonso Sastre y de Alfonso Paso, que llegan a la literatura en un mismo impulso renovador y casi revolucionario y que luego siguen caminos tan distintos, y tan distantes. Otra disidencia sonada, de la poesía realista y social de esta época, la constituirá el hoy tan justamente apreciado Carlos Bousoño, uno de los poetas más intensos de los últimos cincuenta años en España. La literatura española, por más que los críticos y los historiadores nos empeñemos en trazar uniformidades y generaciones que parecen tener los mismos intereses, es una literatura de grandes individualidades. Y una de ellas, en el campo de la novela del medio siglo, es José Luis Castillo-Puche, cuya primera novela publicada, *Con la muerte al hombro* aparece en Madrid en 1954. Cuarenta años hacen de una novela de gran trascendencia un texto clásico, que merece la atención y el estudio que corresponde a aquellas obras que se consideran, en la historia, pioneras de un espíritu y guías de una generación. Asistimos ahora a la nueva publicación de esta novela inicial de José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombro* (1), que ha de constituir lo que en términos

(1) José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombro*, edición, introducción y notas de Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, Ayuntamiento-Ateneo Literario, Yecla, 1995.



habituales se denomina un acontecimiento editorial, y trataremos de explicar las razones que nos conducen a llevar a cabo afirmación tan rotunda.

En primer lugar hay que valorar la oportunidad, en 1995, de editar nuevamente el texto de una novela publicada en España en los años cincuenta. A la vista salta que lo primero que va a llamar la atención del lector es la condición de esta edición como edición crítica restaurada, es decir incluyendo en ella aquellos pasajes que suprimió la censura del Ministerio de Información y Turismo franquista. Las editoras del libro, Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, sobre cuyo trabajo, como investigadoras literarias, algo diremos a lo largo de estas reflexiones, han acertado plenamente al ofrecer los textos que se suprimieron por la censura, cuyo proceso respecto a esta novela, han investigado hasta los pormenores más escondidos. Pero, con ser ésta la más llamativa condición de calidad de esta edición, no va a ser desde luego la única virtud de este libro que hoy viene a enriquecer de forma decisiva la bibliografía de Castillo-Puche, la de la literatura española contemporánea, la bibliografía regional, y la de la propia historia de la ciudad de Yecla, bajo cuyos auspicios esta nueva edición ve la luz.

Una edición crítica y anotada es valiosa si lo aportado por sus editores literarios nos permite entender mejor la obra y descubrir las circunstancias en que fue escrita. Éste, naturalmente, es el caso de la edición que comentamos. Cuando, en 1954 (2), un lector llevaba a cabo la lectura de esta novela, posiblemente no necesitaba ayudarse de un prólogo o estudio preliminar y de unas notas explicativas. Hoy, indudablemente, cuando han pasado cuarenta años, cruciales en la historia y en la vida española, estas anotaciones, son necesarias, y ayudan, qué duda cabe, a entender el mundo de esta polémica novela.

Hace unos años escribíamos (3) que *Con la muerte al hombro* es la más impresionante de las novelas de Castillo-Puche, y comentábamos que la obra plantea lo que podríamos considerar el gran sentimiento de la muerte que estará presente en tantas novelas suyas. En la personalidad de Julio -que ha experimentado vivencias coincidentes con las propias experiencias vitales del novelista- tendrá mucha importancia no sólo el hecho de que toda la familia ha muerto en circunstancias tremendas y a causa de la misma enfermedad, sino también en la naturaleza de su pueblo natal, Hécula, que transforma por la interpretación del personaje en un marco atroz presidido por la muerte. La obra que consideramos uno de los ejemplos más notables de la novela existencialista en España, se

(2) José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombro*, Biblioteca Nueva, Madrid, 1954.

(3) Francisco Javier Díez de Revenga, "Castillo-Puche en la narrativa del medio siglo", *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, edición de Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, Academia Alfonso X el Sabio, Murcia, 1989, pp. 137-164. Vid. también Francisco Javier Díez de Revenga-Mariano de Paco, *Historia de la Literatura Murciana*, Universidad de Murcia-Academia Alfonso X el Sabio-Editora Regional de Murcia, Murcia, 1989, pp. 531-539.



destaca por el obsesivo proceso de confesión y de autodestrucción del protagonista, que encontrará la muerte de una forma absurda.

Hasta aquí el significado de la novela desde nuestro punto de vista, desde una perspectiva actual, que puede ser la de cualquier lector de nuestro tiempo, y que expresa la trascendencia de un nuevo modelo de novela, frente a lo que se estaba en ese momento publicando en España, como veremos más adelante, cuando volvamos sobre una idea que nos parece capital a la hora de entender este libro en la España de su momento, y así lo han destacado igualmente las laboriosas editoras de esta nueva versión: se trata de una novela que expresa una disidencia en el panorama de la narrativa de los años cincuenta, a la altura exacta de 1954 (4).

Volviendo a lo que de novedoso hay en la presente edición, regresamos a la cuestión de la censura. Cualquier lector actual asumiría nuestra valoración de 1989. Valoración que contrasta con la de un censor, identificado por las editoras como el sacerdote Andrés de Lucas Casla, vicario general de la diócesis de Madrid, quien, con dotes excepcionales para la crítica literaria -excepcionales por su simpleza- y con una capacidad de síntesis absolutamente asombrosa por su vana superficialidad, resumió así lo que para él era esta novela (No renuncio a transcribir el texto de censura por más que hoy nos haga sonreír su juicio): “Novela fuerte, amarga, pesimista y algo morbosa. El protagonista, neurótico y escéptico, cuenta su niñez en un pueblo triste y desolado; sus aventuras durante nuestra guerra, la desgracia que se ceba en su familia, que muere toda tuberculosa, y se recrea, al contar, especialmente, sus relaciones, en Madrid, con una mujer de la vida” (5). Como vemos, el sacerdote censor (“lector” se le llamaba en el lenguaje de la censura) realizó su trabajo a conciencia y, aunque no estemos de acuerdo con él, hay que reconocer que captó bien el sentido de la novela, con unos argumentos que él utilizaba contra la obra, y que, no hay duda, son los que constituyen sus mejores cualidades, por paradójico que nos pueda parecer.

Sobre la censura se ha investigado mucho, y los análisis por los especialistas de los expedientes del Ministerio de Información y Turismo franquista, han revelado un capítulo interesantísimo de la sociología de la literatura española contemporánea. En la edición que nos han preparado Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal hay material más que valioso para profundizar en el estudio de capítulos nuevos de crítica sociológica de la novela española de los cincuenta. Por ejemplo, el hecho absolutamente llamativo de que el cura antes citado, que elabora su trabajo entre el 27 de enero y el 8 de febrero de 1954, fecha en la que entrega su

(4) Francisco Javier Díez de Revenga, “Castillo-Puche en la narrativa del medio siglo”, *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, p. 142.

(5) José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombre*, edición, introducción y notas de Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, pp. 317-318.



informe y lo firma con su nombre y apellido, realiza su censura por orden de un cargo del Ministerio de Información y Turismo que se denomina “Jefe de Lectorado” (con un título que suena muy bien a pesar del objetivo represor que caracterizaba su trabajo). Pues bien, las editoras, siguiendo los documentos de que han dispuesto y un interesante libro de Manuel Abellán (6), demuestran que el tal Jefe de Lectorado es don José Romeu de Armas, nombre que a los lectores de hoy posiblemente no les diga nada, pero lo cierto es que es la persona a quien Castillo-Puche dedica la novela con el texto “A Pepe Romeu de Armas, un amigo como hay pocos”. El tal Sr. Romeu era Jefe de Publicaciones del Instituto de Cultura Hispánica.

Pero ¿qué fue lo que suprimió la censura en la novela de Castillo-Puche? Ahora lo podemos saber muy bien, ya que hubo fragmentos tachados, de diferente extensión, nada menos que en veintitrés lugares de la novela. Hoy, gracias al cuidado exquisito con el que está hecha la edición crítica que nos ocupa, los podemos leer, y no me resisto a reproducir uno de ellos.

Se trata de un fragmento situado al final de la novela. Julio está recordando su desencantado noviazgo con Luci, una muchacha muy religiosa y algo pacata, cuya relación con el protagonista es recordada por éste con cierto desencanto. Una de las cosas que evoca es cuando Luci le pregunta de qué murió su padre, a lo que él contesta que no lo sabe. Relata entonces cómo, desde Barcelona, donde transcurre esta escena, el director espiritual de Luci, un jesuita de Sarriá, había pedido informes a Hécula sobre este motivo. Cuando el protagonista se entera de tal hecho ocurre lo siguiente, según relata Castillo-Puche, siguiendo las memorias escritas por el propio Julio (7):

“Ella aludió a su padre espiritual, un jesuita de Sarriá, que se había creído obligado en conciencia a pedir informes detallados a Hécula. Todo esto me produjo un terrible desencanto. Me parecía absurdo tener que defender un amor llevando por delante el resultado de un análisis clínico [Y a partir de este momento comienza el fragmento suprimido por la censura, que burla uno de los episodios más valientes de toda la novela]. Esta preocupación quizá la hubiera justificado en su padre, pero no en el director espiritual. Lo único que hice para desahogar mi berrinche fue acercarme al confesionario del jesuita:

—Soy el novio de Luci.

—No sé de qué me está hablando.

(6) Manuel Abellán, *Censura y creación literaria en España (1939-1976)*, Península, Barcelona, 1980, p. 288.

(7) José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombro*, edición, introducción y notas de Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, p. 264. Se reproduce el fragmento censurado, en facsímil del original, en p. 325.



—No se haga el loco, padre López.

—Debe darse cuenta de dónde estamos.

—Lo sé, y si sigue haciéndose el loco, lo voy a sacar de esta lata como una anchoa.

—Si continúa así, me levantaré o llamaré a alguien.

—¿Qué es lo que está diciendo? Usted aguante aquí y no rompa el secreto de confesión.

—Esto no es ninguna confesión, esto es profanar el santo tribunal de la penitencia.

—¿Cree que lo estoy profanando?

—Exacto, aquí sólo estoy para escuchar pecados.

—Pues bien, aquí va uno gordo: ¿Me quiere decir de qué murió su padre de usted, si es que lo sabe o lo tuvo?

Reconozco que esto fue una imperdonable barbaridad, pero es que hacía mucho tiempo que el padre López me tenía cargado”.

Hasta aquí el fragmento suprimido, cuya falta o ausencia curiosamente no estropea en modo alguno el desarrollo de esta evocación por parte de Julio, el protagonista de la novela, a pesar de ser un episodio, como antes hemos señalado, de una gran fuerza narrativa y de una cierta agresividad que nos ayuda a entender al personaje en este momento. Pero, como apuntamos, su ausencia, para un lector que desconozca que en realidad existe la escena del confesionario, no afecta en absoluto al desarrollo del capítulo. Hasta este punto, los censores eran en cierto modo cuidadosos con la creación artística ajena.

Pero volvamos a esta nueva edición de *Con la muerte al hombro* y al trabajo excelente que han llevado a cabo las editoras. Otro de los aspectos que tratan con detenimiento y con certera información, y por qué no decirlo, con mucho tacto y objetividad, es la cuestión de Hécula y su posible identificación con Yecla. Se da cuenta, por supuesto, en el estudio preliminar, de las reacciones que hubo en aquel 1954 en Yecla a raíz de la aparición de la novela con aportación de testimonios documentales inéditos de carácter epistolar. El tema de Hécula-Yecla es preocupación permanente de un importante sector de críticos de la obra de Castillo-Puche y son ya clásicas las aportaciones a este asunto de una de las editoras del libro, María Martínez del Portal (8). Es un tema que aún no está cerrado y habrá

(8) María Martínez del Portal, “Yecla en Azorín, Baroja y Castillo-Puche”, *Monteaquedo*, 27, 1959, pp. 4-21. María Martínez del Portal, “Una realidad literaria: la Hécula de Castillo-Puche”, en *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, pp. 25-50.



que esperar a que finalice su tesis Martín Martí Hernández, que también ha publicado algo ya sobre este tema (9), para conocer el final de esta historia. La trascendencia de *Con la muerte al hombro* en este punto radica en que es en esta novela donde comienza el ciclo de Hécula, ese pueblo español que Castillo-Puche nos trasmite como “un pueblo triste y desolado”, según recordaba el antes citado censor. La Yecla real, la Yecla que conocemos, parece que se separa de su versión literaria, la versión, en el caso de *Con la muerte al hombro*, de un personaje obsesionado, cuya trágica existencia viene determinada por la acumulación de acontecimientos adversos, entre los que mucho tiene que ver la guerra civil.

La Yecla de Azorín y de Baroja surge de nuevo, y de su ascendencia, y también de su relación con la realidad, con la Yecla auténtica, una conclusión elaboran las editoras que, a nuestro juicio, pone el dedo en la llaga con absoluta validez: “La Hécula de Castillo-Puche, al igual que la Yécora de Baroja y las distintas Yeclas de J. Martínez Ruiz, es una versión literaria de la Yecla real. Muchos de sus rasgos (tanto los que atañen a las gentes como al pueblo y tierras en torno) tienen una indiscutible apoyatura real. Pero esa realidad ha quedado moldeada -y, por lo tanto, transformada- en virtud del complejo proceso que impone toda creación literaria. Hécula no es Yecla. En todo caso, será la Yecla vivida, sufrida y ensoñada por Castillo-Puche. Como tantas otras veces, en el mundo literario, nos encontramos con una ciudad que deja su realidad para adquirir un valor simbólico” (10).

Hay que admitir esta argumentación, aunque las autoras salvan, finalmente, la posibilidad de que el trasfondo real de Hécula sea la Yecla física, el pueblo murciano que queda descrito con toda clase de detalles de tipo histórico, geográfico y aun urbano, como puede ser la existencia de los Escolapios, la industrialización del vino y el nacimiento de una cooperativa de muebles. Sin duda, con el ánimo de marcar distancias literarias de los hechos reales, pero sin apartarse del todo de una realidad geográfica identificable, Castillo-Puche juega también con los nombres de los pueblos que rodean a Hécula, y que son, como todo el mundo sabe, Turena, Pinilla, Trinquete, Ricoso y Ciriza, fonéticamente identificables, respectivamente, con Villena, Jumilla, Caudete, Pinoso y Cieza. Otro capítulo de similar calibre lo constituyen los personajes históricos reconocibles.

La presencia de Yecla en la obra de Castillo-Puche es un tema del que todavía habrá que hablar. Recientemente, en una intervención mía en el Ateneo Literario de Yecla, me atreví a tratar de la poesía de José Luis Castillo-Puche. El texto de aquella intervención ya ha visto la luz en el Homenaje que la revista *Montearabí*

(9) Martín Martí Hernández, “La Hécula de *Con la muerte al hombro*”, *Montearabí*, 18-19, 1994, pp. 131-154.

(10) José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombro*, edición, introducción y notas de Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, p. 22.



ha dedicado al novelista yeclano (11). Pues bien, en un interesante poema que tiene como protagonista a la ciudad de Nueva York, las reminiscencias yeclanas como refugio y como amparo frente a la hecatombe de la gran metrópolis también están presentes. Yecla, la Yecla que se alumbra en páginas memorables de la literatura española del siglo XX, se encuentra en el trasfondo de esta Hécuba de *Con la muerte al hombro*. Sin ánimo de que pueda parecer una paradoja sarcástica, estamos seguros de que la prueba más contundente de tal realidad la constituyen las palabras que desde la primera edición figuran en el libro que hoy comentamos, y que significan una clarísima “excusatio non petita”, que, como sabemos, continuando el adagio latino, es “accusatio manifesta”. He aquí las palabras de Castillo-Puche, que firma “El autor” (12):

“Sería un error enorme tratar de localizar en un lugar determinado de la geografía española el pueblo y el ambiente que se describen en esta novela, como resultaría vano tratar de identificar con seres reales, los tipos que circulan por sus páginas. La realidad es, para el novelista, si acaso, un pretexto, un soporte para su obra. Pero, lo que la imaginación construye está siempre cimentado sobre realidades más profundas”.

En este sentido, en tal complejo cruce de realidades y ficciones, de invención y de verdad, que tiene en la novela española una gran tradición en relación con los espacios en que se desarrollan muchas de nuestras mejores novelas (Vetusta, Pilares, Oleza, Yécora), hay todo un ritual de identificación relativa, que las ediciones críticas se han ocupado de aclarar. Y éste es otro de los más preciados valores de la presente edición crítica de *Con la muerte al hombro*. Un total de 251 notas al texto nos informan de todo tipo de referencias históricas, geográficas, sociales y de una multitud de resonancias literarias. En este punto hay que destacar la oportunidad de las anotaciones relativas a anticipos, en esta novela de Castillo-Puche, de gestos o actitudes que aparecerán en novelas posteriores. Un ejemplo de este tipo de anotación puede ser la que informa, al tratar sobre la supuesta confesión evocada por Julio, aquella misma que suprimió la censura, de que es antecedente de otra escena similar incluida por Castillo-Puche en *Hicieron partes*, en la confesión de Lorenzo con don Luciano.

Otro sector de notas nos sirven para descubrir algo que hoy está muy de actualidad en los estudios literarios: el proceso de escritura de una creación literaria, en este caso de una novela. Es decir, cómo se va creando un texto, cómo se va conformando la realidad textual de un producto artístico. Las autoras de la

(11) Francisco Javier Díez de Revenga, “La poesía de José Luis Castillo-Puche”, *Montearabí*, 18-19, 1994, pp. 45-70.

(12) José Luis Castillo-Puche, *Con la muerte al hombro*, edición, introducción y notas de Cecilia Belchí Arévalo y María Martínez del Portal, p. 42.



edición han dispuesto de un antetexto de *Con la muerte al hombro*, es decir un texto previo al que, una vez corregido por su autor, imprimió la Biblioteca Nueva en su edición príncipe de 1954. Este texto, denominado C, es decir, “copia del original”, aporta, qué duda cabe, multitud de frases y párrafos que la ultracorrección del propio autor y el intento de perfeccionar el producto final, eliminaron del texto que fue a censura, distinto, como ya sabemos, del texto que finalmente se imprimió. Así que podemos leer, a través de los distintos textos recuperados, tres versiones de *Con la muerte al hombro*.

Volviendo al estudio preliminar, todavía dos apartados nos quedan por comentar, que añadimos a los ya reseñados, titulados “I. Con la muerte al hombro, una novela censurada. Aparición y acogida” y “II. Comienza el ciclo Hécuba”. Los dos restantes se titulan “III. Historia de una obsesión”, referido a la construcción del protagonista y su carácter, personalidad muy bien lograda que nos lo descubre en su realidad y en sus circunstancias históricas y geográficas, y “IV. Estructura. Unas memorias enmarcadas”, en el que hallamos un nuevo capítulo de un gran interés: el de la configuración formal de los materiales narrativos, capítulo que hubiera hecho las delicias de nuestro común maestro Mariano Baquero Goyanes, que tantos desvelos dedicó a la valoración, en el conjunto de la novela, de su construcción estructural (13).

Indudablemente, uno de los aciertos de *Con la muerte al hombro* radica justamente en la no linealidad de su estructura, de acuerdo con los planteamientos más avanzados de la novela moderna. Considero este aspecto mucho más importante que el usadísimo del manuscrito encontrado, procedente nada menos que de Cervantes, quien lo tomaba de las novelas de caballerías. Es un gesto de verosimilitud que las autoras valoran debidamente, y al que no vamos a volver: manuscrito encontrado, cartas enviadas, memorias halladas o recibidas, son procedimientos de la estructura de marco que utilizaron muchos novelistas desde el propio Cervantes en el *Quijote*, Don Juan Valera en *Pepita Jiménez*, Camilo José Cela en *Pascual Duarte*, por sólo citar algunos de los muchos que se sirvieron del procedimiento que aún utilizan en la actualidad. Un ejemplo: *El manuscrito carmesí* de Antonio Gala, por citar uno de los años noventa.

Es mucho más interesante la ruptura de la linealidad. La utilización de dispositivos retardatorios, que así los llamaba Mariano Baquero Goyanes, en su intento de traducir el barbarismo del lenguaje cinematográfico “flash-back”. Sobre ese aspecto y su condición de elevador del clima psicológico y existencial de la

(13) Mariano Baquero Goyanes, *Estructuras de la novela actual*, Castalia, Madrid, 1989. Y también en su edición de *El Escándalo* de Pedro Antonio de Alarcón, Clásicos Castellanos, Espasa-Calpe, Madrid, 1973.



novela, también se ocupan con detenimiento las profesoras Belchí y Martínez del Portal.

Se completa el estudio preliminar de esta edición con una exhaustiva bibliografía sobre Castillo-Puche, en la que se incluyen los libros colectivos e individuales sobre el escritor, artículos en revistas académicas e, incluso, reseñas y artículos de prensa, menos habituales estas últimas especies en ediciones de este tipo. A pesar de recogerse unos ciento cincuenta documentos, las autoras han optado por titular esta bibliografía con el siempre prudente adjetivo de “selecta”.

No queda, para terminar, sino que, volviendo a lo que sugeríamos al principio, hacer una referencia a la novedad histórica que constituyó la aparición de esta novela, la primera de Castillo-Puche, en 1954. La situación de la novela española era, en ese momento, de búsqueda de una identidad, tras la ruptura de los años de la guerra civil y los éxitos de algunos novelistas de la primera posguerra, como Cela y Delibes. En este punto, y de acuerdo con las corrientes sociales que van a dominar en la literatura toda (en la poesía y en el teatro), surge una novela de tono o sentido realista, que podría estar bien representada por *Los bravos* de Fernández Santos, que es de 1954, por *El Jarama* de Rafael Sánchez Ferlosio, que es de 1955, y por *Entre visillos*, de Carmen Martín Gaité, también de 1955. Son novelas que se alejan del tipo de escritura que propone Castillo-Puche en *Con la muerte al hombro*, *Sin camino* o *El vengador*, más cerca de lo confesional, de lo existencialista y con la expresión de problemas psicológicos producidos por las controversias de orden espiritual e ideológico, que llegan a torturar a sus protagonistas, también, qué duda cabe, de decidido carácter testimonial. En este sentido, históricamente, hemos reconocido en Castillo-Puche una disidencia de lo que sería la norma de la novela llamada del “medio siglo”, generación a la que por edad Castillo-Puche pertenece. Y esa disidencia es lo que le ha dotado de una más original personalidad (14).

Con la muerte al hombro, habida cuenta de lo ya señalado, es una novela clave, ya que supone el inicio de una etapa en Castillo-Puche en la que hemos hallado (15) mitos de gran interés, una valiosa originalidad personal en un contexto en el que se valoraban más las posiciones de mayor eco social, e inevitablemente testimoniales, de la realidad colectiva; una novela que disintió claramente del objetivismo imperante y que se lanzó a unos territorios de carácter intimista y confesional que, en nuestra opinión, y cuando juzgamos, históricamente ya y con

(14) Francisco Javier Díez de Revenga, “Castillo-Puche en la narrativa del medio siglo”, *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, p. 153.

(15) Francisco Javier Díez de Revenga, “Castillo-Puche en la narrativa del medio siglo”, *Estudios sobre José Luis Castillo-Puche*, p. 142.



perspectiva de tiempo suficiente, la novela del medio siglo, hemos de afirmar que contienen del mismo modo el testimonio de una época de España del máximo interés, en el que lo colectivo dispone de una determinada expresión, pero lo individual no deja de contener también el reflejo de un tiempo y de una sociedad que, surgida de la guerra civil, se traumatiza y se transforma por la fuerza de su indeleble recuerdo.

